

Para los que tenemos la fortuna de no ser arqueólogos, el asunto carece de importancia. La diosa, disputada por el agua y la prostitución — antipáticas ambas — ha de ser fea, porque todas las divinidades de los aztecas eran feas. ¿Merece un monstruo semejante que el Sr. Batres exponga su vida en combate singular con el Sr. Chavero? Si es la diosa del agua ¿se hará el desagüe más aprisa? Si es la diosa de la prostitución ¿se limpiarán de prostitutas el callejón de López?

Respeto muchísimo la arqueología; y tanto que todavía no me resuelvo á incluirla en mi inédito "Tratado de conocimientos inútiles;" pero entiendo que antes de averiguar á qué dioses adoraban los aborígenes de Anáhuac, debemos averiguar á qué dioses adoramos nosotros. Preocupémonos menos de nuestros remotos antepasados — que en realidad no son antepasados nuestros — y preocupémonos más de nuestros hijos. El hombre que dice al indio: — Toma este pedazo de pan y este alfabeto; come y aprende — es más útil á la sociedad, que el que le dice al mismo indígena: — Tus antecesores adoraban á una diosa que se llamaba del agua. —

Tenemos un conservador de monumentos antiguos, y no tenemos un conservador del jardín de la plaza principal. Y ¿qué es más útil? ¿un ídolo grotesco en el museo, ó un fresno en la plaza?

El Sr. Hernández Dávalos, posee documentos preciosísimos referentes á la historia de nuestra independencia; y lo que atañe á Hidalgo, á Morelos, á todos los caudillos insurgentes; lo que expone y explica cómo se formó nuestra nacionalidad, cómo México fué México, es de más importancia para nosotros que lo relativo á la civilización azteca. Y sin embargo, no hay un conservador

de esos *monumentos* históricos. La "diosa del agua" nos preocupa y nos cuesta más que el padre de la patria.

A Cuauhtemoc lo admiro; pero con toda conciencia y aunque se me acuse de blasfemo, digo que Don Benito Juárez mereció que se le erigiese un monumento antes que á Cuauhtemoc. Juárez sí es un indio nuestro; y si saber morir con dignidad, como murió Cuauhtemoc, es muy glorioso, saber dar vida á un pueblo, como supo Juárez, es más glorioso todavía. Paguemos primero nuestras deudas de honor, paguemos á Hidalgo, á Morelos, á Juárez. . . y en seguida pagaremos las deudas de nuestros antepasados. Que conserven primero los monumentos históricos que posee el Sr. Hernández Dávalos y que desentierren después á la "diosa del agua."

Nosotros tenemos mucho amor á los indios que ya no existen y miramos con el mayor desdén á los indios que viven. Estamos empeñados en demostrar que fueron muy cultos, muy instruídos, muy heroicos. . . y que nosotros los criollos, secundando á los españoles, les arrancamos todas esas virtudes. Estos, los que viven semi-esclavos; aquéllos los que fueron, semi-dioses.

Un ídolo, casi informe, provoca discusiones entre los sabios, obliga al Estado á gastar sumas respetables; determina cierto movimiento periodístico. . . ; y no hay quien se proponga desenterrar al indio de las tres capas que lo cubren: la ignorancia, el cuartel y la tortilla.

El mayor, el egregio monumento que puede alzarse á Cuauhtemoc, puesto que Cuauhtemoc amó á los suyos, es la instrucción primaria gratuita, obligatoria para todos los habitantes de la República. Mientras el indio se nutra mal y no sepa leer, podremos levantar estatuas á Cuauhtemoc, pero estaremos matando á sus hijos.

La diosa descubierta en San Juan Teotihuacán, sea

la diosa del agua ó la diosa de la prostitución, será perfectamente inútil. La única diosa que le conviene al indio es la Virgen de Guadalupe, porque en ella fia, para salvarse de nosotros ó para aguardar una recompensa en otro mundo.

* * *

Mucho más trascendental que ésta polémica sobre la "diosa del agua" me parece la entablada entre dos doctores en medicina, respecto á las inyecciones dinamogénicas inventadas por Brown Sequard: ¡como que se trata de si podemos prolongar nuestra vida! El Dr. D. Demetrio Mejía, hombre muy inteligente (y, sea dicho entre paréntesis, autor de una novela muy bonita de la que hablaré dentro de poco) se manifiesta enemigo del nuevo y pasmoso invento rejuvenecedor. Y dice entre otras cosas: "El hombre de ciencia sabe que la ley del fin humano, de la decadencia del organismo por la edad ó por el abuso, es inmutable, precisa, eterna, como el sér de quien proviene: Dios. Reserva, en consecuencia, el desprecio hacia la loca tendencia de contrariar las leyes naturales.

O de otro modo, ó sea traducido al árabe: "*Alah es Alah y Mahoma su profeta.*"

¿Con que el médico, según el Dr. Mejía, no puede oponerse á la voluntad de Dios? De acuerdo estamos. Pero ¿cómo sabe el Dr. Mejía cuál es el límite puesto por Dios á la existencia? El médico que es simplemente médico y no consejero privado del Altísimo, ignora cuál es ese límite y lucha sin tregua, como es su deber, por prolongar la vida del paciente. Y no dice:—este organismo ya está decadente; ¡que se extinga!—sino que dice, y dice bien:—vigorizamos este organismo decadente

para que continúe luchando.—¿Eso ponerse á los desig-nios de Dios el alargar la vida? ¿Es *inmoral* y *cínico*, como dice el Dr. Mejía, vivir en salud y con fuerza siendo viejo? Pues entonces, inmorales y cínicos fueron los patriarcas de que nos habla la Biblia y que vivieron, según ella, luengos años; é inútiles son los médicos á quienes pagamos para que estudien la manera de prolongar nuestra existencia, y que ahora dicen, por los autorizados labios del Dr. Mejía:—¡Nada podemos contra el destino y... hagan la voluntad de Dios en los bueyes del compadre!—

Se suicida una ciencia que tal dice. Si es verdad, si la medicina no puede sostener y reanimar los *organismos decadentes* por la *edad* ó por el *abuso*, la medicina está de sobra, y el médico que receta alguna droga, roba al enfermo, porque ya sabe que no le ha de hacer ningún provecho y él cobra por engañarlo como á un niño. Que le recete mejor novenas ú oraciones! En tal caso, mejor será encender velas á los santos que acudir á los médicos. Este procedimiento es más eficaz y más barato.

Y si lo que el Dr. Mejía ha querido decir es, que todos somos mortales y de morir tenemos, huelga su discurso. Ni Brown Sequard, ni nadie, ha dicho nunca:—con este elíxir nó te morirás.—Lo que dice Brown Sequard, es lo siguiente:—"acaso con este tratamiento que te indico, vivas mejor y durante mayor tiempo."

Sabido es que tenemos de morir; pero á lo que tiende y debe de tender la medicina, es á defender la vida del hombre, á prolongarla, á sostener los *organismos decadentes por la edad ó por el abuso*. Y si no es así, ¿para qué sirven los médicos? ¿Para expedir certificados de defunción?

EL DUQUE JOB.

La coronación de Don José Zorrilla.

A RAUL, DEL "NACIONAL."

Querido amigo: Muy de veras celebro el que haya vd. escrito en su última Revista las siguientes frases:

"El Duque Job vapulea al Zorrilla de esta época en un artículo publicado el domingo en *El Partido Liberal*. Gutiérrez Nájera hace mal. En sus últimos tiempos, Zorrilla ha escrito: "Recuerdos de Granada," poesía digna de sus mejores años. Hela aquí y juzgue el lector si merece José Zorrilla los ataques de uno de nuestros primeros poetas, que precisamente en la actualidad hace sonar en su lira la voz de la Musa caballeresca y morisca, cuyo hijo más mimado es el coronado vate."

Agradezco, de corazón, el elogio inmerecido; pero agradezco más la censura porque me proporciona la ocasión de explicar mi juicio acerca de Zorrilla. Con usted sí puede uno entenderse, á usted sí puede contestársele, porque usted es un escritor.

Dije que los versos leídos—ó cantados—por Zorrilla en el acto solemne de su coronación, son malísimos, creo y sigo creyendo que el laureado vate no está ya para poesías; pero de esto á que me constituya, como han dicho los que no saben leer, en detractor de Zorrilla, media mucho trecho. Y no sólo es así: celebré y celebro que coronaran á Zorrilla. En prueba de ello, y como la mejor contestación que puedo dar, no á los que no la merecen, sino á las personas que de buena fe y

y en virtud de informes falsos, me crean capaz de haber negado al viejo trovador el título de poeta, voy á copiar el artículo que con motivo de la tal coronación publiqué el 1.º de Abril último, en la "Revista Nacional de Ciencias y Letras." ¡Cómo había de negar que Zorrilla fué un poeta! Lo fué. . . . como usted lo es, querido amigo.

Suyo.—EL DUQUE JOB.

La coronación de Don José Zorrilla.

I

No ha sido México de las naciones más favorecidas por el errabundo y egregio poeta á quien concede ahora Granada los honores de la coronación, sólo otorgados antes, en españolas tierras, á Quintana; pero esta circunstancia no ha de hacer que, posponiendo la justicia á la pasión, por noble que ésta sea, como de fijo lo es en el presente caso, me alce en armas contra el laureado vate que en breve va á gozar, viviendo aún, de gloria póstuma. A hidalgos no nos ganan los que nos legaron el habla de Castilla, á justicieros mucho menos.

A Zorrilla hay que perdonarle mucho, no porque mucho haya amado, puesto que eso está aún sujeto á prueba, sino porque mucho y muy bien ha cantado, y porque, en fin de cuentas, somosle deudores de incontables momentos de solaz. La generación que viene, la que ya campea hoy en la literatura, no tiene contraída con él deuda tan grande, porque se amamantó á otros pechos y tuvo y tiene dioses nuevos. Pero la mía sí es deudora de Zorrilla en quien ve la cifra de sus emociones juveniles, la Scheerezada que entretuvo la imagi-

nación de todos nosotros con leyendas y cuentos orientales, el príncipe gallardo que despertó de su letargo en nuestras almas á esa hermosa hechizada que se llama la poesía. De la generación anterior, Zorrilla fué el músico de cámara. De la mía fué solamente, nodriza amable y cariñosa: pero á esa nodriza que nos adormecía con sus canciones y nos halagaba con sus cuentos, hemos siempre de recordarla con amor. ¿Cómo habíamos de escatimarle nuestra gratitud, pensando en sus regaños necios, en sus cicaterías de vieja, en sus rezongos de beata solterona? Los poetas, y los poetas como Zorrilla mayormente, no son como el común de los mortales. Ellos se creen divinos, ó cuando menos, creen que algún dios habita en ellos, y como dioses ó semidioses obran, sin sujetarse á más leyes morales que las dictadas por su omnipotente voluntad, ni á jurisdicción que no sea la de sus pares, los próceres del olimpo. ¿Con arreglo á qué jurisprudencia podríamos juzgar á estos seres superiores que saben por qué cantan tan dulces las aves y “por qué vuela tan alto el condor?” Nosotros podemos someter á juicio á un hombre que sepa alguna ciencia, algún oficio, ó que no sepa nada; pero esos caballeros que poseen sobrenaturales saberes, no son justificables. De ellos el que menos se cree privilegiado, como los nobles de antaño, con la facultad de apropiarse la hacienda ajena, de disfrutar á la mujer del pechero en la noche de sus bodas, y de vivir sin trabajar. Son, pues, esos poetas como Hernani: hermosos montañeses á quienes no deshonran contrabandos ni rapiñas.

¡Libreme Dios de achacar á Zorrilla tamañas fechorías! Lo que intento es probar que no debemos condenarle sin remisión por los pecados que haya cometido en México, porque estos son propios de la raza poética

á que el trovador vallesolitano pertenece. Algunos de aquellos pecados tienen la circunstancia atenuante de haber sido cometidos en verso; y quien comete un delito por un consonante es como quien lo comete por hambre.

Desentendámonos, pues, del hombre para no hablar sino del poeta.

II

Yo que no tengo la fortuna de conocer personalmente al Sr. Zorrilla, pugno en vano por figurármelo en forma corporal como nosotros. Aquí está su retrato y estoy conforme en que Zorrilla luzca luenga y ensortijada melena, pero no paso por la levita ni por las demás prendas de ropa que el poeta viste. A Zorrilla me lo imagino siempre con el traje de Manrique. Es un tenor asombroso. Abro cualquier tomo de sus versos y pienso que estoy oyendo á Tamberlick en la serenata del *Trovador*. Su poesía no será acaso poesía, pero sí es canto. Y al canto sacrifica todo este poeta: la verdad, la justicia, la gramática, hasta el sentido común. Por emitir una nota alta, dijo Zorrilla que Larra era un malvado y llamó imbéciles á los toledanos. El no le pregunta á la palabra—¿qué traes?—sino—¿á qué sueñas?—Abrid algún poema suyo: en la portada estará el retrato, y ese Zorrilla del retrato, semeja un director de orquesta en su encumbrado asiento: las octavas reales que siguen, son los instrumentos de bronce; las quintillas son las violas; los alejandrinos son los bajos; allí una seguidilla rasguea la guitarra; allá un romance toca el clarinete; y el conjunto no es un poema, es una ópera admirablemente instrumentada. Una ópera italiana, por supuesto; una ópera que tiene serenatas tan lindas y graciosas como

la del *Barbero*; plegarias tan majestuosas y solemnes como la de *Moisés*; arias tan melancólicas y tiernas como la *casta diva* de *Norma*. Bretón de los Herreros, en la poesía española de este siglo, apuró toda la gracia del idioma; Zorrilla, todas sus resonancias y sonoridades. Es preciso leer sus versos en voz alta, porque esos versos no se leen, se oyen. Pero se oyen de un modo singular. Recitad uno aisladamente y es probable que os suene mal: es un músico mediano, si no malo. Recitad la estrofa entera y su armonía os encantará. Los versos de Zorrilla son como músicos de orquesta: el conjunto, la suma, la coordinación de todos ellos es lo hermoso.

Se ha dicho que Zorrilla es el poeta por excelencia español, y esto es exacto. Probad á hacerle hablar en otro idioma, probad á traducirlo, probad á leerlo en francés, en inglés ó en alemán, como leeríais á Campoamor y á Núñez de Arce. ¡Imposible! Zorrilla no puede hablar sino en español. De este inmenso órgano arranca prodigiosas armonías; pero no le pidáis que toque en otro.

Imaginaos que estais á media noche en la nave principal de alguna de esas grandes catedrales españolas, que son como las casas más cómodas de Dios. Ni pupilas de monjas brillan tras la calada reja del coro alto, ni ceras en los altares. El templo está obscuro y solo. De pronto, se abre, quejándose con su cascada voz de vieja, la cancela de la sacristía, suenan pasos en el entarimado, repetidos por la bóveda que los devuelve agrandados, así como un espejo convexo copia las figuras: ¿qué oís? el choque de las grandes llaves que, pendientes del cinturón, trae el que viene; ¿qué veis? por el ruedo de luz que frente á la capilla del Sacramento forma

la vacilante lamparilla, cruza un hombre pálido de larga cabellera rubia y vestido de negro; llega al coro; la llave de hierro muerde la cerradura, que grita lastimada; el silenciario y misterioso desconocido sube por el estrecho caracol de labrada caoba; se acerca al órgano, pasa las manos por encima de sus teclas, como la pasa el domador por sobre el lomo del león dormido, y el órgano despierta, se espereza, lanza algunos bostezos, estira sus encogidas cuerdas, y se yergue. Cada vez que un dedo del organista hiere alguna tecla blanca ó negra, parece que da en el hábito de alguna monja que está acostada y que, medrosa ésta, grita, se para, y brinca, y sube y huye por el tubo del órgano, como escapan los duendes por el cañón de la chimenea. Primero se oye el ruido confuso de esta evasión de notas ó de monjas; el aleteo de la azorada lechuza que deja el nido del santo á cuyos pies estaba echada y soñolienta aún, da de cabeza contra los cristales de la ojiva. Después, la armonía confusa é indeterminada, que iba tanteando en la obscuridad, apoyándose en las paredes, tropezando, encuentra en su camino y despliega las alas. Entonces y como si aquellas notas estuvieran dotadas de milagroso poder de evocación, veis cómo avanzan por medio del coro, en larga hilera monjas penitentes; cómo se cubre de sotanas blancas, de cruces rojas, de capuchas negras, la tallada sillería; cómo gira el torpe facistol con sus enormes libros, en cuyas páginas abiertas aparecen grandes letras de chillantes colores y enrejados y garabatos musicales; cómo chispean los cirios amarillos junto á la cruz de madera y cómo al pie de ella extiende sus brazos el abad anciano. A aquel otro coro más angosto y estrecho, el de la reja dorada, asoman las monjas: allí están *Margarita la Tornera* y la novicia